

Aprobación creadora:

*Un aspecto de la dimensión social del bien de la persona*¹

Josef Pieper: el potencial co-creador y liberador del amor humano

Se suele afirmar que el bien de la persona es un bien común, algo que se alcanza sólo en la vida comunitaria. Es evidente que necesitamos de los demás hombres para superar el grado de indigencia en que nos hallamos desde el nacimiento en las múltiples facetas de nuestro ser, biológicas, psíquicas, espirituales.

Josef Pieper nos introduce en un cariz de dicha dependencia que es absolutamente íntimo y misterioso: necesitamos del amor de los demás para conocer, experimentar y confirmar nuestro valor ontológico y esto a su vez, es una condición indispensable para el sano ejercicio de la libertad. Pues el amor interpersonal permite que nos situemos en nuestro centro interior y desde allí tomemos las riendas de la dirección de nuestra existencia.

El amor humano entonces, en un primer momento, esconde un potencial revelador: saberse amado, es "*sentirse justificado por el hecho de existir*".² Esta revelación por él generada es indispensable para la vida del ser personal.

Dice J. Pieper: "*Es evidente, pues, que no nos basta con existir «sin más ni más», como ya ocurre de todos modos (...) En otros términos, lo que necesitamos además del puro existir es esto: ser amados por un semejante. Algo asombroso si se mira de cerca. El haber salido de las manos de Dios no es al parecer, bastante: se requieren una continuación y una consumación... por la fuerza creadora del amor humano.*"³

El amor humano nos confirma en la existencia. Es una actividad co-creadora que se pone en línea y continúa la tarea creadora de Dios. Cuando

¹ Este trabajo fue una colaboración en las jornadas de homenaje a Josef Pieper al cumplirse cien años de su nacimiento, en la Facultad de Filosofía y Letras de la UCA, agosto de 2004

² Josef Pieper, *Antología*, Barcelona, Herder, 1984, p. 43

³ Josef Pieper, *Antología*, p. 43-44

amamos un ser entonamos a coro con su verdadero Origen, el *fiat* de la creación. Por otra parte, la mirada amorosa de los hombres es a nuestros oídos el eco de aquel estribillo del primer capítulo del Libro del Génesis: *Y vio Dios que esto era bueno*. Pero esta verdad no nos impacta de manera «teórica», como una conclusión aprehendida de un silogismo, sino en una vivencia. En el amor de los otros nos vivimos como seres valiosos. Somos valiosos porque Dios nos ama, pero percibimos ese valor a través del amor de los demás hombres. Si podemos ser objetos de amor es porque, intuimos, somos «buenos», amables, en sentido metafísico.

El amor humano entonces, es mediador de una «revelación afectiva» de nuestra dignidad ontológica. Y esto ocurre de dos maneras. En tanto sujetos pasivos del amor como veníamos diciendo, nuestra dignidad ontológica se hace visible al verse confirmada nuestra bondad o amabilidad íntimamente relacionada con el carácter creatural de la existencia. Esta es la dignidad de nuestro *origen*. Pero la dignidad de nuestra *naturaleza* se verifica aún en mayor medida en cuanto somos sujetos activos del amor. Aquí somos capaces de una co-creación, confirmación, consumación y continuación del Amor Divino. Ponemos en obra en este caso, un aspecto central de nuestra realidad de imagen; continuamos la labor de Dios y sostenemos, no ontológicamente, pero sí operativamente la existencia de los demás hombres.

El amor humano ejerce por otra parte, en un segundo momento, y correlativo a esto, una función «centralizadora» y liberadora sobre el dinamismo del ser personal.

Dice Pieper, refiriéndose al amor maternal: (...)” *lo más decisivo es aquella dedicación e intimidad que parte de lo profundo de la existencia, que viene – digámoslo sin reparos- del corazón, haciendo también del corazón del niño centro y eje de su vida; eso y no otra cosa es lo que llamamos verdadero amor.*”¹

El corazón en la terminología de la antropología bíblica es, entre otras cosas, principalmente, el centro de las decisiones del ser personal. Dice el

¹ Josef Pieper, *Antología*, p 44

proverbio: “*Con todo cuidado vigila tu corazón, pues de él salen las fuentes de la vida.*” (Prov 4, 23) El corazón es el lugar donde se elaboran los planes (Prov 16,9; Sal 20,5) y se decide la orientación de la conducta (Prov 6,18).

El corazón es el espacio personal desde donde el sujeto ejerce su libertad. El amor de la madre, o en general el amor interpersonal que surge del corazón, de la libertad del sujeto, ejerce una tarea de «centralización». Conduce al yo del ser amado a su centro, lo ubica en el corazón para que pueda desde allí ejercer su libertad.

Dice Edith Stein: “*El corazón es el verdadero centro vital. Designamos así al órgano corporal cuya actividad domina la vida del cuerpo. Pero es costumbre comprender por el corazón la interioridad del alma. (...) El yo personal se encuentra enteramente en él en la interioridad más profunda del alma. Cuando vive en esa interioridad, dispone de la fuerza total del alma y puede utilizarla libremente. Además está entonces lo más cerca posible del sentido de todo lo que le sucede; está abierto a las exigencias que se le presentan; puede apreciar mejor su significación y su importancia.*”¹

Por lo tanto sin vida desde el corazón se hace muy difícil el ejercicio de la libertad. En la medida en que el yo se aleja de su centro interior hacia la superficie, el señorío sobre su conducta disminuye. Se apoderan de ella la inercia de las disposiciones naturales moldeadas por las adquiridas a lo largo de la historia del sujeto que se perpetúan mecánicamente. La superficialidad es absolutamente “conservadora” del haber moral de sujeto, “mutiladora” de sus posibilidades de crecimiento más ricas. La vida desde el centro permite la instauración de la novedad de lo propio en el horizonte vital personal.

¿Por qué el amor “centra” al sujeto, como afirma Pieper? Probablemente la experiencia del propio valor que el amor transmite, ejerce sobre nosotros una fuerza centrípeta, una llamada a prestar atención a nuestra existencia. Si la vida personal es apreciada como algo importante, esto nos mueve a focalizar nuestras energías en ella, a estarle presente. Tal es la función del valor en general: atrae hacia sí los afectos, le da una forma al amor. Si mi vida es valiosa me siento

¹ Edith Stein, *Ser finito y ser eterno*, Méjico, F.C.E., 1996, p. 451; 453

atraído irresistiblemente a hacerme cargo de ella. Los valores llaman imperativamente sostiene J. De Finance ¹

El peso de mi amor me arrastra a lo que vale y si lo que vale es la propia existencia, me conduce a velar por ella y esto sólo puede hacerse desde el corazón.

Estamos afirmando nada menos que para ser plenamente libres necesitamos de la experiencia del amor humano. Tal es la indigencia y el poder del hombre puestos en juegos en su vida social.

Las conclusiones de Pieper y la sociología:

Nos pareció un aporte interesante a estos temas, comparar las intuiciones de Pieper con las conclusiones de esta otra área del saber.

Detengámonos por ahora en la necesidad de aprobación que experimenta el ser humano, para poder vivir conforme a su naturaleza. Esta afirmación encuentra su correlato en las conclusiones de la sociología. Para el sociólogo francés, Pierre Bourdieu, es una de las razones principales de la vida en sociedad:..."*el mundo social ofrece a los humanos aquello de lo que más totalmente desprovistos están: una justificación para existir.*"²

*"Ser esperado, requerido (...) significa (...) experimentar, de la forma más continua y más concreta, la sensación de contar para los demás, de ser importante para ellos y, por lo tanto, en sí, y encontrar en esta especie de plebiscito permanente que constituyen las muestras incesantes de interés (...) una especie de justificación continuada de existir."*³

Bourdieu incluso coincide con Pieper en la constatación de que esta capacidad «justificadora» de la sociedad, es una cualidad humana que remite al

¹ *Cuando el valor llama a alguien lo hace siempre del mismo modo: ordenando.* J. De Finance, Ensayo sobre el obrar humano, Gredos, p. 321 O en palabras de Santo Tomás: "*Actus voluntatis nihil aliud est quam inclinatio quaedam consequens formam intellectam.*" (El acto de la voluntad no es otra cosa sino una cierta inclinación consecuente con una forma entendida). Santo Tomás de Aquino Suma Teológica I, 87,4. La afectividad acompaña al conocimiento.

² Pierre Bourdieu, *Meditaciones pascalianas*, Barcelona, Anagrama, 1999, p. 315

³ Pierre Bourdieu, *Meditaciones pascalianas*, p. 317

concepto de la acción creadora divina: *“El hombre es un ser sin razón de ser, poseído por la necesidad de justificación, legitimación, reconocimiento. Pero, como sugiere Pascal, en esa busca de justificaciones para existir, lo que llama «el mundo», o «la sociedad», es la única instancia capaz de rivalizar con el recurso a Dios.”*¹

*“Y la sociología acaba convirtiéndose, así, en una especie de teología de la última instancia: investido como el tribunal de Kafka, de un poder absoluto para dictar veredictos y una percepción creadora, el Estado, semejante al intuitus originario divino, según Kant, hace existir nombrando y distinguiendo. Durkheim, por lo que se ve, no era tan ingenuo como pretenden hacernos creer cuando decía, tal como hubiera podido hacer Kafka, que «la sociedad es Dios».”*²

Más allá de la religiosidad o ausencia de ella, en el pensamiento de Bourdieu, es evidente la coincidencia con las dos tesis de Pieper: a Dios le corresponde la afirmación ontológica de la existencia y la sociedad que, en este último texto aparece cristalizada en la figura del Estado, continúa esa tarea en una acción de co-creación.

La miseria afectiva y sus consecuencias

La ausencia de amor, equivale a la falta de justificación, de aprobación de la existencia personal, en definitiva a la pérdida de la dimensión humana integral.

Dice Bourdieu: *..”no hay peor desposesión ni peor privación, tal vez, que la de los vencidos en la lucha simbólica por el reconocimiento, por el acceso a un ser socialmente reconocido, es decir, en una palabra, a la humanidad.”*³

Algo similar afirman Jorge Arregui y Jacinto Choza, ahora desde la filosofía, y nos explican el por qué: *“La primera forma de miseria en la que el hombre puede encontrarse en el ámbito familiar, y todavía más si ese ámbito le falta, es la **miseria del afecto**. Como en la infancia el afecto familiar es el horizonte cuyo*

¹ Pierre Bourdieu, *Meditaciones Pascalianas*, p. 316

² Pierre Bourdieu, *Meditaciones Pascalianas*, p. 323

³ Pierre Bourdieu, *Meditaciones Pascalianas*, p. 318

contenido pone en marcha el eros del niño, la falta de ese afecto significa la carencia de horizonte y, consiguientemente la parálisis del eros, es decir, el no desarrollo o el desarrollo en precario de las capacidades cognoscitivas, volitivas, afectivas, motoras, etc. del niño.”¹

Las conclusiones son similares a las que vimos más arriba. La miseria afectiva, la falta de experiencia del amor, conduce a una parálisis en el crecimiento de la persona, a un abandono de sí; se denuncia el origen social de esta mutilación. Pero avancemos un poco más.

Miseria afectiva y violencia. Consecuencias sociales

Si el sujeto no se experimenta a sí mismo como alguien valioso, esto no sólo tiene consecuencias para su propia vida sino también para la de los demás, pues se hace incapaz de percibir el valor de todo alter ego. Esta frialdad heredada y reproducida es origen de formas de crueldad y violencia.

T.W. Adorno, tratando de comprender el acontecimiento Auschwitz en el que la tecnología se puso al servicio de la aniquilación de los hombres, reflexiona:

El tipo proclive a la fetichización de la técnica está representado por hombres que, dicho sencillamente, son incapaces de amar (...) Trátase de hombres absolutamente fríos, que niegan en su fuero más íntimo la posibilidad de amar y rechazan desde un principio y aún antes de que se desarrolle, su amor por otros hombres. Y la capacidad de amar que en ellos sobrevive se vuelca invariablemente a los medios.²

Es conocida la absoluta sobriedad del pensamiento de Adorno, por lo cual tales afirmaciones adquieren un tremendo peso en su contexto.

¹Jorge V. Arregui-Jacinto Choza, *Filosofía del hombre*, Madrid, Rialp, 1995, p. 414—415. Continúan en una nota al pie: *Esta forma de miseria puede considerarse la **más grave** de todas porque es la menos reversible, dado que la maduración biopsicológica pertenece más al orden constitutivo que al orden operativo. Las caracterizaciones esenciales del hombre se hacen siempre respecto del hombre adulto, y no respecto del niño, porque el niño no es todavía un sujeto plenamente constituido. Por ello si esta constitución no alcanza a completarse es la reversibilidad misma del ser del hombre la que resulta impedida en algunos de sus ámbitos.*

² T.W. Adorno, “La educación después de Auschwitz”, en *Consignas*, Bs. As., Amorrortu, 1973, p. 91

La vida de este espíritu que se vuelca a los medios, no se limita al período histórico de la Segunda Gran Guerra, sino que sigue estando presente en la conducción de nuestro moderno sistema de organización: *Lo que consterna en todo esto –digo «lo que consterna», porque nos permite ver lo desesperado de las tentativas por contrarrestarlo- es que esa tendencia coincide con la tendencia global de la civilización. Combatirla equivale a contrariar el espíritu del mundo (...). La sociedad en su actual estructura –y sin duda desde hace muchos milenios- no se funda, como afirmara ideológicamente Aristóteles, en la atracción sino en la persecución del propio interés en detrimento de los intereses de los demás. Esto ha modelado el carácter de los hombres, hasta en su entraña más íntima. (...) Los hombres, sin excepción alguna, se sienten hoy demasiado poco amados, porque todos aman demasiado poco. La incapacidad de identificación fue sin duda la condición psicológica más importante para que pudiese suceder algo como Auschwitz.»*¹

La concentración de la atención en los medios, que por definición son algo que no puede ser amado por sí si no en función de otra cosa, nos impide ejercitarnos en el verdadero amor: aquel que gravita con el peso de los valores. Nuestro amor es débil porque no lo arrastra aquello que es estimado imperativamente, sino que se desparrama en una horizontalidad instrumental.

La miseria afectiva que padece un sujeto, al ser él mismo tratado instrumentalmente, tiende a multiplicarse en la vida social. La violencia para con los demás reproduce un juego de espejos, refleja el desprecio por uno mismo que es a su vez consecuencia de la ausencia de la experiencia del propio valor debida al trato instrumental que sobre el sujeto han ejercido sus congéneres.

De ahí que Walter Benjamín sostuviera que los hombres que ejecutan un asesinato –aún en sentido simbólico, podríamos agregar- *“son asesinos de sí mismos en el momento mismo que asesinan a otros.”*² En la negativa a respetar el valor de los demás afirman la carencia de valor de su propia vida.

¹ T.W. Adorno, “La educación después de Auschwitz”, p. 92

² Cfr. “La educación después de Auschwitz”, p. 95

Así como el amor es confirmador y reproductor del bien, su ausencia, por la confusión axiológica que produce, genera y multiplica la violencia y la destrucción.

Quizás podamos también iluminar desde aquí la escalada de violencia que padecemos los argentinos los últimos años. Se asesina con tanta facilidad porque el asesino no valora su propia vida y no valora su propia vida pues ha crecido en una atmósfera no sólo familiar sino también social de desprecio hacia su persona.

El tema de la afirmación de la existencia que realiza el amor interpersonal y la fecundidad de la libertad que posibilita, nos parece de importancia fundamental para alcanzar una mirada seria y adulta del ser humano y sitúa la afirmación acerca de la dimensión social del bien de la persona en su verdadera gravedad antropológica.

Valga el recuerdo de estas ideas de Pieper como nuestro sincero homenaje a su vida y su obra.